

30 de junio 1972

Gentil Mercedes:

Estoy aquí, en mi despacho de la calle de Muñoz Grandes, frente a tus dos bellas cartas, llenas de bondad y de recuerdos de mi madre. A la izquierda se halla la puerta de la habitación donde murió ella, el día quince de mayo, a las once y veinte de la mañana. Es una habitación pequeña; tenía una mesilla y una cama donde yo dormía en los últimos siete años. En esa cama murió mi madre, ante mis ojos y, y así acabó mi infancia, porque mi infancia duró hasta entonces. Ahora llamo infancia al estado del ser confiado y pleno de expectación, que vive en sí e ignora lo que es fuera de sí; en tal situación, el ser se ama moralmente a sí mismo, ama otras cosas y nada teme. Una infancia prolongada produjo el Quijote, que, hasta el momento, es el libro más bondadoso y consolador que conozco, amén del mejor escrito.

Tus dos últimas cartas, cómo tú misma, son trozos de esa infancia que he nombrado, y que, en adelante, quisiera denominar, entre nosotros, época de mi madre. Todo cuanto me ha ocurrido en esa época puede resumirse en dos sucesos: tener a mi madre y conocerte como fuiste y eres. Ha tiempo que te perdí, y ahora he perdido más absolutamente a mi madre. Así es que estoy solo.

Ciertamente, no soy ahora mismo una persona que habita el dolor, sino el vacío. Quisiera llorar constante, quisiera padecer cada segundo, como un personaje de Racine o de Sófocles, y, sin embargo, sólo puedo experimentar el vacío: vacío de compañía, vacío de presencias, vacío de sentires, vacío de pensamientos, vacío de vivacidad. No estoy conforme contigo, y en ello has de tolerarme, cuando dices que el dolor humilla y envilece. Lo que verdaderamente humilla y envilece, es, sin duda, el vacío: y tan es así que, si yo fuera como Racine o como Sófocles, escribiría:

«Conviene experimentar el dolor
para sentir contra nuestro ser
el ser penetrable de la Divinidad,

porque el Dios sólo se penetra
por el placer o el sufrimiento sin fin».

Yo, que he visto y sentido morir a un ser, en mi opinión inocente, modesto, bondadoso y digno, he quedado tan anonadado que ya no temo ni me alegro. No temo la muerte; no me alegro de la vida. Veo confortable la tumba, donde está ella, y común el mundo de los muertos. Comprendo la frase de Lutero en el Cementerio de Worms: *Invideo quia quiescunt*: Envidio a los que descansan. No digo la proposición como desesperado y enemigo de la vida, como un romántico, sino como ser anonadado; en cierta forma, siento simpatía hacia el entorno donde está mi madre.

Ella murió sin saber que moría; murió esperando el día de mañana, tan confiada en la existencia como tu hija Marta. Así es que murió como niño, y en esto tuvo su justicia, pues murió como había vivido. Su muerte resultó inocente, silenciosa, leve, si bien con ese carácter implacable y sagrado de lo cósmico. Fue arrebatada de mí y de sus cosas, que eran yo y mis hermanas, y no lo supo. Su rostro quedó tranquilo, inmensamente tranquilo y pacífico, ya fuera vencido o ya vencedor. Sólo hacía veinticuatro horas que un sopor había separado su palabra de la mía, y sus ojos de mis ojos. Amé su cadáver como había amado su ser viviente, y como ella me amó a mí. Yo no sabía de la dignidad y de la paz de un cadáver amado, ni de su soledad sacra, que a sí misma se basta. Los hombres rehúsan abandonar un cadáver a la soledad de una habitación; sin embargo, él posee una plenitud ante la cual todo lo viviente es una caricatura. Quizá el contenido del Cosmos sea la muerte, y no la vida, que, en expresión casi tuya, vendría a resultar como un grano purulento que ha surgido en la quietud.

Amé a mi madre, viva, y la amo muerta; la amo inmensamente como cadáver. Ella se encuentra ahora entre los muertos, y por ello, los muertos me son amables. Antes de que ella muriera, yo no sabía que los vivos y los muertos constituyen una unidad, aunque esto es una idea primordial en el Cristianismo. La antítesis de esta unidad reside en los principios de la sociedad burguesa, que habitamos. Los burgueses quieren la vida, como movimiento, y por eso resultan la nada, ya que, en cierta manera, la vida y la muerte son inseparables y necesariamente pensables a un tiempo, predicados polares de un mismo sujeto.

Desde el día veinte de Junio he estado dos veces en Madrid, y me he vuelto también dos veces, porque las formas de existencia que he de llevar forzosamente allí, me apartan de todo dolor, y, enajenándome, me envilecen y degradan en la disipación.

Necesito tu persona para proseguir mi infancia en la unidad con mi madre muerta. Sólo de esta forma podré considerarme un ser histórico. Ella dejó tan pocos bienes que caben en una cajita que ahora estoy contemplando, y que son: un rosario, dos sortijas, con los nombres de Juan y de Maravillas, una medalla y un pequeño libro de misa. Estos ingenuos bienes, su constante recuerdo, y tú, son cuanto llena mi corazón de plenitud.

Dime cuándo has de venir.

Miguel

PD.

Mañana recibirás otra carta que estoy terminando ahora.